

Juan Arnau

Erótica de la percepción



Galaxia Gutenberg

JUAN ARNAU

Erótica de la percepción

Elogio de la atención y la literatura

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Juan Arnau, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14728-2026
ISBN: 979-13-88019-73-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Preludio.	II
1. R. W. Emerson: un pagano en la corte	
del Tío Sam	17
El último puritano	21
La naturaleza viste los colores del espíritu.	27
La historia y los viajes.	30
La confianza en uno mismo	32
La poesía es la ciencia de lo real	36
Círculos	39
En la mente del mundo	41
2. Rabindranath Tagore: erótica de la percepción	45
Una vida privilegiada (y viajera)	49
La revelación de Sudder Street	55
Orientaciones	56
Nosotros los fugaces.	57
El sueño del ego	59
Santiniketan	63
3. Oscar Wilde: la verdad de la máscara	65
Retrato de un artista adolescente	69
Magia oral	72

La creación limita la visión	77
La decadencia de la mentira	79
La verdad novelesca	82
La personalidad y el personaje	85
El hundimiento.	87
4. Lev Tolstói: el anarquista cristiano.	93
El círculo de la idea.	95
La soledad del pacifista: Iglesia y Estado.	100
La religión del amor	105
Un sueño realizado	110
5. T. S. Eliot: la emoción contemplada	113
Ida y vuelta.	116
Emoción impersonal del arte	119
<i>La tierra baldía</i>	121
Infierno y ortodoxia	123
El lector instintivo y cultivado	126
Dante y la cultura europea	128
La emoción contemplada	132
6. Paul Valéry: la vanidad del significado	135
Lo visto y lo escuchado.	138
El antifilósofo.	142
En una noche oscura.	144
El filósofo que no fue	148
El sueño de la creación	151
Filosofía y poesía	153
Rendir el sentido.	155
7. Tres filósofos de la mente: Berkeley, Schopenhauer, Kierkegaard	161

Las puertas de la percepción	163
El teatro de la mente	171
El problema de ser eterno	179
8. Samuel Butler: la seducción de la máquina	185
El último victoriano	189
«El libro de las máquinas»	199
El Dios conocido	203
Panteísmo	204
Teísmo	207
El árbol de la vida	208
El Dios desconocido	211
<i>Vida y hábito</i>	212
«La identidad personal»	216
9. Dos judíos universales: Walter Benjamin y Martin Buber	219
El ángel de la historia	221
El espectador	226
El viajero	227
Tres modos de lo verbal: la narración	229
Las novelas	232
La información y el culto al dato	233
¿Qué es el lenguaje?	235
La razón dialógica	239
La eterna conversación	240
10. Hannah Arendt: la amistad frente al totalitarismo	245
Una vida del siglo xx	256
<i>Eichmann en Jerusalén</i>	267
Las fuentes del totalitarismo	270
Despedida	276

11. Jean-Paul Sartre: entrevista con la nada	279
El Castor	285
Berlín	288
<i>La trascendencia del ego</i>	291
El magnetismo de la traición.	295
La guerra	298
<i>El ser y la nada</i>	300
La mala fe.	304
Estados Unidos.	305
La maquinaria Sartre	306
Dinero	308
El fracaso de la aventura (de la conciencia)	310
<i>El existencialismo es un humanismo</i>	312
Huston-Freud.	316
El embajador de los pobres.	317
Un desenlace (in)esperado.	318
12. Simone Weil: la gravedad y la gracia	325
Cultura de la atención	330
Educación y atención	333
Atención, educación y oración	335
Deseo, justicia, hermenéutica	338
La llamada de la belleza	340
Economía de la atención.	343
Ciencia, técnica y atención	345
<i>Action non-agissante</i>	348
Salvación por la mirada	349
Bibliografía	353

PRELUDIO

La filosofía es un género literario, y la literatura, cuando goza de cierta hondura, un ejercicio filosófico. Un esfuerzo por aprehender el movimiento de lo vivo y lo concreto. Como si el vuelo de la narración pudiera acompañar el vuelo de las cosas. El buen poeta y el buen narrador comparten la fe inquebrantable en lo concreto. Desconfían del subjetivismo sentimental tanto como del objetivismo científico.

Ninguna idea es separable de la vida. Ninguna visión puede abstraerse de cierto proceso vivencial. La literatura genuina es un hábito de la mente, una serie de motivos para una «cultura mental» que permite congeniar con el mundo, recrearse en la complicidad de las cosas, en lo visto y lo escuchado, en el origen y el presente. Eso es lo que he llamado, siguiendo una vieja intuición hindú, «erótica de la percepción». Entre esos modos de reconciliación están las artes, la música, la pintura o el cine, además de actividades cotidianas como la contemplación minuciosa del color y el movimiento, el sueño lúcido o la percepción activa (esa que vivifica lo que contempla, como si del ojo saliera un rayo que animara las cosas). En todo ello hay un ejercicio de desasimiento, una sensación

de que es otro el que percibe a través de nosotros. La mente acompaña entonces al Ser (no lo empuja) en su impulso hacia el otro lado del tiempo, que es el lugar natural del *noûs*. La relación entre el espectador y el espectáculo nunca es frontal, sino una suerte de complicidad, un vínculo clandestino.

Se reúnen aquí una serie de ensayos en torno a once poetas o narradores con vocación de filósofos y a tres filósofos con vocación de narradores, cuya obra es más grata y accesible que cualquier otra del género. Todos ellos, empeñados en rehuir el dogmatismo, dibujan ejercicios lúdicos y, en ocasiones, piruetas fabulosas. Pero eso no significa que no sean serios; es más, el pensamiento que no sabe reírse de sí mismo (actitud fundacional de la filosofía) no merece demasiado respeto. Los quince autores de los que aquí nos ocupamos se mueven con soltura en el *círculo hermenéutico*. Estas dos enjundiosas palabras hacen referencia a algo muy simple: la estructura circular del entendimiento. Para conocer algo hay que buscarlo, y si alguien lo busca es porque, de algún modo, ya lo conoce. Platón lo llamaba «reminiscencia». Conocer es reconocer. A ese desconocido al que buscamos y que ya somos, los hindúes lo denominan «Sí mismo». El arte es una empresa más en esa tarea tan consustancial a todo lo vivo, la del reconocimiento.

Empezaremos con Ralph Waldo Emerson, pionero de la ecosofía, y Rabindranath Tagore y su erótica de la percepción. Nos adentraremos entonces en la poesía pasional con Oscar Wilde y luego, tras abordar la figura de Lev Tolstói, en la poesía intelectual con Paul Valéry y T. S. Eliot. Haremos un alto en el camino para

presentar a George Berkeley, Arthur Schopenhauer y Søren Kierkegaard, tres de los filósofos que mejor escriben. Proseguiremos con Samuel Butler y su desconfianza tecnológica, después con Walter Benjamin, Martin Buber, Jean-Paul Sartre y Hannah Arendt, y cerraremos el volumen con la mujer más extraordinaria que dio el siglo xx, Simone Weil, a caballo entre la mística, la política y la filosofía.

I

R. W. EMERSON:
UN PAGANO EN LA CORTE
DEL TÍO SAM

La naturaleza es el espejo del alma. Ralph Waldo Emerson implanta esta idea pagana en los puritanos, esforzados y salvajes Estados Unidos de mediados del siglo XIX, que por entonces son un inmenso poema, con sus negros y sus indígenas, con sus negocios en el Norte y sus plantaciones en el Sur, con su indómito *Far West*, que concluye (eso dicen) en el mar. En Estados Unidos, los cielos son más altos. Nietzsche declaró que de nadie se sentía tan próximo como de Emerson; Borges, que Whitman y Poe, fundadores de sectas, habían oscurecido su gloria pese a ser inferiores a él. La filosofía de Emerson es fantástica, y el destino humano, trágico, «porque somos, irreparablemente, individuos cortados por el tiempo y por el espacio. Y nada hay más lisonjero que una fe que declara que todo hombre es todos los hombres y que no hay nadie que no sea el universo». Fue un ensayista de imaginación poderosa, capaz de reconocer la majestad forastera (las ideas de lo que fuimos y rechazamos), y un generoso lector de persas, griegos e hindúes. Artífice oracular de sentencias y compañero solidario, impulsó la carrera de Whitman y Thoreau. Un modelo de ciudadano libre y excepcional en unos Estados Unidos en gestación.

Emerson, sin miedo a equivocarse, insistió en obrar desde uno mismo en pos de lo genuino de la propia personalidad. La magia ocurre cuando el mundo entero (recordémoslo, el universo es el espejo del alma) se apresura a abrazar nuestra opinión, a asumirla con gusto. La profunda simpatía entre sujeto y objeto permite que ambos se pongan de acuerdo. Al fin y al cabo, no vemos el mundo como supuestamente es (de hecho, no es de ninguna manera particular), sino como supuestamente somos. Como decía Leibniz, la realidad siempre asiente a lo que afirmemos de ella. El violento ve violencia; el solitario, soledad; el eufórico, pasión; el contemplativo, quietud. «¿En qué mundo quieres vivir?», parece preguntarnos Emerson. Ésa es la magia de la intención, el secreto de la inteligencia de la vida, como entienden muy bien fenomenólogos y cuánticos.

Quienes lo conocieron, amigos, vecinos, admiradores, recuerdan el candor, la pureza y la serenidad que transmitía. El magnetismo de su personalidad fue un factor clave para la recepción de sus ideas, que de otro modo, por ser de índole pagana, nunca habrían sido aceptadas en los ambientes puritanos de Nueva Inglaterra. Había algo en su actitud que hacía sospechar que estaba en comunicación directa con los mundos superiores. Pero Emerson no fue un profeta que conociera los secretos del universo. Tampoco un filósofo, por mucho que John Dewey lo llamara «el filósofo de Estados Unidos». Su influencia no radica en sus ideas, sino en su temperamento. George Santayana acierta en el diagnóstico: «Sin protestar contra la tradición, la eludía sonriente en sus pensamientos, indomable en su serena irresponsabilidad. Se refugiaba en

sus bosques o en sus “tupidos jardines” para ser el creador de sus propios mundos en soledad y libertad». Envejeció sin haber llegado a ninguna conclusión y sin una doctrina que legar a la posteridad. Dejó el testimonio de su inspiración y su capacidad para inspirar a otros. No intentó articular una filosofía. Su instinto poético evitó que la violencia del sistema cercenara su inspiración.

El último puritano

Emerson nace en 1803 en Boston. Desciende de una estirpe de clérigos puritanos. En 1811 muere su padre, el reverendo unitario William Emerson. Él y sus hermanos quedan a cargo de su madre y de su tía Mary Moody. Conocen períodos de extrema precariedad y hambre. Moody, mujer extravagante que duerme en una cama con forma de ataúd y no viaja sin su mortaja, se encarga de su educación. Le proporciona libros y le enseña los peligros de la riqueza y el derecho inalienable a juzgar por uno mismo, desde la política hasta el texto más sagrado. El muchacho, que ve en ella la encarnación del ángel exterminador, lee sus cartas y sus diarios y, al abrigo de tales textos, escribe sus primeros poemas. La independencia de Moody será un modelo para su trayectoria intelectual. Ciertos estados y epifanías exigen reajustar la percepción; observar en uno mismo la indivisa divinidad, el engranaje del amor y la modificación de la muerte; convertir al parásito en invitado y poner en suspenso lo que dicen del mundo. En 1820 comienza su propio diario, que no abandonará hasta cincuenta años después. Los cuadernos de Emerson son tan jugosos como los de Coleridge, al que imita. Su

primer ensayo lo dedica al carácter de Sócrates. El carácter, como la libertad o la excepcionalidad estadounidense, será un tema sobre el que vuelva una y otra vez.

El joven se costea los estudios impartiendo clases particulares. Tras graduarse en Harvard, se incorpora a la escuela femenina que ha fundado un hermano suyo y, entretanto, se debate entre la vida religiosa y la de escritor. Para no decepcionar a su madre, ingresa en la Facultad de Teología y, con veinticuatro años, es nombrado ministro de la Segunda Iglesia Unitaria de Boston. Será pastor durante cuatro años. De un cuáquero toma la doctrina de la compensación y de un labrador la idea de que «siempre estamos orando» (central, por cierto, en la *Bhagavadgītā*). Ése será el tema de su primer sermón. Otro lo dedicará a cómo la eternidad depende del tiempo (Dios de las criaturas). Lee a Victor Cousin y a Jean-Jacques Rousseau. Se compromete con Ellen, una joven enferma de tuberculosis, y se casa con ella en el otoño de 1829. Sus intereses empiezan a desplazarse de la teología a la ciencia. Al cabo de dos años muere su mujer. Visita su tumba y abre el ataúd. Anota en su diario la ambigüedad de sus sentimientos. Empieza a manifestar dudas sobre su vocación religiosa. Expone sus objeciones a los ritos, la doctrina de los milagros y la figura histórica de Jesús. Abandona la Iglesia y parte hacia Europa. Le deslumbra París, asiste a una misa católica en el Vaticano y, en Londres, conoce a Stuart Mill y a los románticos ingleses Coleridge y Wordsworth. El mundo es un gran poema. En Inglaterra se siente escritor. Platón, Plutarco y Montaigne son sus guías.

A su regreso, recibe la herencia de su difunta esposa y se traslada con su madre a Concord. Con treinta y tres

años conoce a Lydia Jackson, a la que a veces llama Asia. Contrae matrimonio con ella y compra la casa en la que vivirá hasta su muerte. Funda el Club Trascendentalista junto con la escritora Margaret Fuller. Su hermano muere también de tuberculosis. Publica de forma anónima su primer libro, *Naturaleza*, donde invita a los lectores a crear su propio mundo y propone que establezcan una relación original con el universo. Nace su hijo Waldo. Pronuncia la conferencia «El intelectual americano», que se convertirá en la declaración de independencia intelectual de Estados Unidos frente a la influencia británica y europea. Se aleja del mundo académico y del eclesiástico (por entonces muy unidos) y emprende una carrera de escritor, ensayista y conferenciante. Funda la revista *The Dial*, que dirige dos años, para difundir el nuevo romanticismo estadounidense. Publica la primera colección de sus conferencias, que titula, siguiendo a Montaigne, *Ensayos*. Se posiciona contra la esclavitud y en defensa de los indios navajos. En 1850 publica *Hombres representativos*, donde, frente al culto de los héroes, ensalza a los «grandes hombres», aquéllos que crean nuevos modos de aproximarse a la realidad que derivan en las instituciones que hacen avanzar el mundo. En 1860 sale a la luz su última gran obra, *La conducta de la vida*, que es a un tiempo confesión y compendio de sus ideales. El naturalismo juvenil ha dado paso a una posición más realista. Aborda cuestiones como la guerra de Secesión, la esclavitud y el pragmatismo. La nación no está para romanticismos. La excepción estadounidense, el hecho de que sea un país entre salvaje y civilizado, exige combinar el individualismo radical con una fuerte cohesión social para sacar adelante un proyecto político y económico.

Los *Ensayos* de Emerson son probablemente la obra más relevante de la historia cultural de Estados Unidos. Un libro fundacional donde asoma el carácter de una nación que empieza a pensar por sí misma. La terminología religiosa sigue presente, pero va dando paso a una perspectiva más secular. Las emociones, la inteligencia y la naturaleza sustituyen a la fe, el sacrificio y el pecado. En ese distanciamiento respecto al puritanismo profundizarán Nathaniel Hawthorne y Herman Melville. La experiencia individual y la visión propia de las cosas adquieren mayor importancia. Emerson insta a prestar atención a los hechos como símbolos de una armonía universal. Todo el mundo natural descansa en la virtud y sigue la secreta ley de la compensación. «En la naturaleza todo es útil y todo es bello porque está vivo. La belleza no acude a la llamada de las leyes, llega sin anunciarse y crece a los pies de los valientes y nobles.» La virtud no es, para Emerson, la adhesión a un código moral, ni siquiera el hábito de obrar bien o cumplir con los preceptos. La virtud es la capacidad de sintonizar con la armonía cósmica.

En 1838 Emerson pronuncia su célebre discurso de Harvard dirigido a los jóvenes graduados de la Facultad de Teología. Allí dice cosas contundentes contra los clérigos, los sermones y los oficios religiosos. La fe, en manos de los sacerdotes, ha perdido su fuerza. El rito se ha tornado en una formalidad seca y hueca, las viejas creencias puritanas desfallecen. «Ausentarse de las misas empieza a ser síntoma de carácter y religiosidad. Los domingos parece un pecado ir a la iglesia.» Sus palabras recuerdan a lo que, más recientemente, sostenía Panikkar: que la forma actual de religiosidad es el ateísmo. Emerson exhorta a los

estudiantes a amar lo divino, sin intermediarios, en la luz del alba o en el gorjeo de los pájaros; a buscar en la canción silenciosa de las estrellas la belleza que embargó a las almas orientales. Contemplando las estrellas se advierte que el mundo es espejo del alma y que el deber es lo mismo que la ciencia, la belleza o el goce. Los bardos son amigos de la virtud. Las autoridades de Harvard, en su mayoría clérigos, se sienten insultadas y creen que su cristianismo está siendo atacado. La presencia de Emerson en la universidad estará vetada durante treinta años.

Todavía en 1838 conoce a Thoreau y un año después nace su hija Ellen. Pronuncia su último sermón en Concord y, a partir de entonces, se centra en sus diarios, conferencias y libros. Los diarios serán el manantial que alimente sus otros textos. Se considera un ensayista, un experimentador, como su admirado Montaigne. Rechaza públicamente la esclavitud y el confinamiento de los indios. «Quien hace su propio trabajo libera a un esclavo.» En 1842 muere su hijo Waldo. Anota en su diario: «Lo único que enseña el dolor es lo superficial que resulta». *The Dial* dedica varios números a la etnografía de la religión, anticipando la disciplina de las ciencias de la religión que un siglo después consolidará Eliade en Chicago. Traduce la *Vita nuova* de Dante y compra una parcela junto a la laguna de Walden. Anima a Thoreau a emprender su experiencia en el bosque. Se opone a la guerra con México y a la anexión de Texas a la Unión. Descubre la poesía persa a través del místico sufí Hafez Shirazí, que se ríe de todas las grandezas: «¿Qué son el sol o la luna frente al lunar o las cejas de mi amada?». Incrementa su actividad como conferenciante. Viaja a Inglaterra. Conoce la

tiranía del comercio. De regreso en Estados Unidos, lamenta no haber dedicado más energía a la lucha contra la esclavitud. Pero siente que hay otros esclavos a los que liberar: gentes aprisionadas por viejas metáforas y formas de vida, apartadas del cielo de la invención y el instinto. Participa en la Conferencia por los Derechos de la Mujer celebrada en Boston. En 1857 anota lacónicamente en su diario: «Creo haber llegado al final de mi pensamiento». En 1861, a raíz del estallido de la guerra de Secesión, anima a sus lectores y oyentes a convertirse en vigilantes de la República. Tras el asesinato de Lincoln, alude al dirigente como el «verdadero representante de Estados Unidos». En 1866 Harvard lo nombra doctor *honoris causa*. Poco después visita a los siux en Minnesota. Empieza a sufrir lapsus de memoria y su salud se deteriora, pero no sabe dejar de trabajar. En 1872 se incendia su casa. Amigos y admiradores hacen una colecta para reconstruirla. Tras un último viaje por Inglaterra y Egipto, reúne en un libro una selección de sus poemas. En 1875 abandona su diario, en una de cuyas últimas anotaciones puede leerse: «Ningún hecho es tan importante en la historia de la inteligencia como la teología india, que enseña que la beatitud o bien supremo puede obtenerse mediante la ciencia, a saber, mediante la percepción de lo real y lo irreal». Poco antes de morir, deja una postrera reflexión: «Lo que vemos es lo que creamos. Todas nuestras percepciones, todos nuestros deseos son creaciones. Hay un destino de la percepción».